

sin olvidar la expresión de mi admiración hacia el Creador de las maravillas del Universo.

Pasados mis exámenes, me puse a trabajar especialmente sobre la astronomía en su conjunto y en todas sus ramas.

De las distintas obras estudiadas, la *Exposition du Système du Monde*, de Laplace, es el que más llamó mi atención, por la pureza de su estilo, que yo comparaba con las bellas páginas de los *Études de la Nature* de Buffon, y el *Cosmos*, de Humboldt, es el que desplegó ante mi espíritu los más espléndidos panoramas del espacio y del tiempo.

En este mismo principio de mis estudios astronómicos, el astro más inmediato a nosotros, la Luna, fué el que me indujo más especialmente a la primera etapa del conocimiento del cielo.

## XI

Un viaje á la Luna. — Segunda obra manuscrita. — La terraza del Observatorio. — El gran Cometa de 1858. — Un idilio pasajero. — Galileo, el cura Moigno, el *Cosmos* y M. Babinet (del Instituto). — Discusiones religiosas. — El Planeta Vulcano. — La guerra de Italia. — Winnerl. — PASTEUR. — La adolescencia y la pubertad.

Después de haber leído todo lo que la concernía, sin quedar satisfecho pedí a M. Chacornac la autorización para servirle de asistente en algunas de sus observaciones en el ecuatorial de la torre del Oeste, y estudiar los cráteres de ese globo, de que por otra parte él se ocupaba. Yo había quedado ya verdaderamente maravillado, en la plaza de la Concordia, por varias observaciones hechas con la lente de un astrónomo al aire libre, M. Rigal, que conocía perfectamente su cielo, y el esplendor plateado de los encajes del borde lunar en su primer cuarto, suspendidos como un luminoso flúido en el cielo azul de la noche. me había sumergido en una admiración sin igual.

Contemplar los efectos de la salida del Sol sobre los paisajes lunares, ver las sombras de las cimas extenderse en puntas negras como si fueran manchas de tinta, o disminuir a medida que el Sol se eleva por encima de aquellas regiones, es segura-

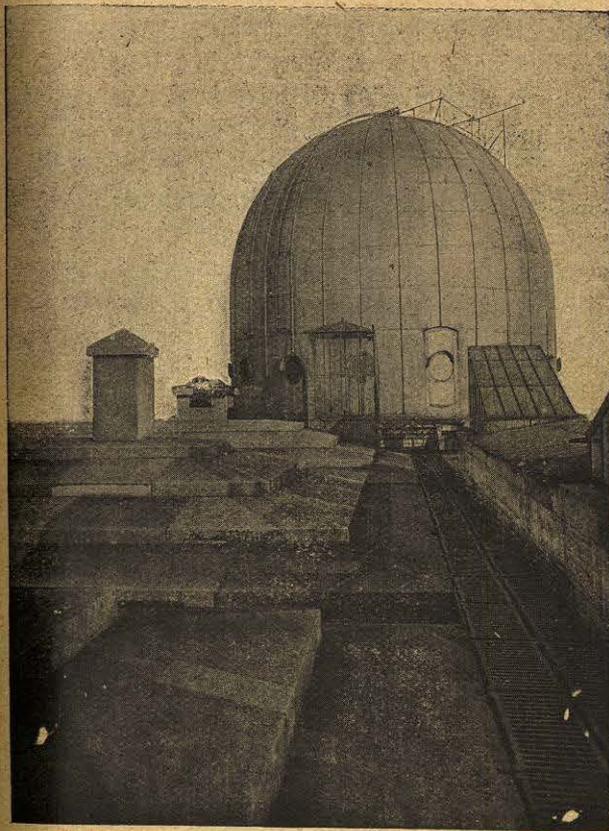
mente uno de los más bellos espectáculos que se pueden ver, sobre todo con un guía tan excelente como M. Chacornac. Se tenía bien la impresión de un mundo muerto y de un silencioso desierto. ¡Pero estamos tan lejos de él! A 384.000 kilómetros, reducidos hasta 384 por el aumento de mil aplicado al ecuatorial del Observatorio de París, es todavía demasiada distancia para poder juzgar con exactitud.

Las noches a la luz de la Luna sobre la terraza del Observatorio son maravillosas. Allí se siente uno verdaderamente por encima de la aglomeración vulgar; aquella terraza tiene alguna cosa de ciclópeo y no se puede por menos de pensar en Babilonia. Está empedrada de piedras enormes, dispuestas en techos, en líneas de caballetes, separadas las unas de las otras por medio de un canal para las lluvias. Es una construcción monumental, una especie de aparato formidable, que parece hecho para desafiar los siglos y las revoluciones. Desde allí se domina París y el campo hasta vastas distancias.

Mucho tiempo después de aquellos años de adolescencia, en 1876 y 1877, y cuando, reparado el gran ecuatorial de la torre del Este, Le Verrier lo puso a mi disposición para mis medidas de estrellas dobles, ¡cuántas veces no he permanecido sobre aquella terraza solitaria desde la que, en su majestad sublime, se desarrolla el horizonte celeste todo entero, pensando con el poeta! :

Un monde est assoupi sous la voûte des cieux.  
Mais sous la voûte même où s'élèvent nos yeux,  
Que de mondes nouveaux, que de soleils sans nombre,  
Trahis par leur splendeur, étincellent dans l'ombre!  
Les signes épuisés s'usent à les compter,  
Et l'âme infatigable est lasse d'y monter.

Si; este espectáculo es de una profunda elocuencia, más impresionante aún que la luz de la luna a orillas



La terraza del Observatorio de París.

del mar o en medio de los bosques, porque se siente la vida humana sepultada debajo de sí. Me parece que ninguna descripción podría explicar estas sensaciones del alma contemplativa..., como no fuera

BIBLIOTECA ALFONSIANA  
 U. A. N. I.

quizás la Sonata *du Clair de Lune* de Beethoven ejecutada en un órgano.

Hay allí una sensación de belleza celeste causada por la calma profunda de la noche y por la blanca y fría iluminación lunar. El contraste entre el silencio nocturno y la agitación diurna de la vida da a nuestro espíritu contemplativo una libertad de elevación hacia las regiones superiores, que nos desprende de los lazos materiales. Y, mirando ese disco luminoso solitario, pensamos en el espacio y en la inmensidad sideral en cuyo seno parece suspendido. Cuando conocemos su distancia, pensamos que si la atmósfera se extendiera hasta allá, un aparato de aviación que se elevase a la velocidad de 100 kilómetros a la hora, no emplearía menos de 3.840 horas para franquear los 384.000 kilómetros que nos separan de la Luna, es decir 160 días, o 5 meses y 10 días. Entonces es cuando concebimos la primera idea del espacio celeste, sobre todo si sabemos que el Sol está 400 veces más lejos que la Luna y que la estrella más próxima está 275.000 veces más alejada de nosotros que el Sol, es decir 110 millones de veces más lejana que la Luna. Nuestra imaginación puede entonces verdaderamente volar y sentir la visión del infinito.

Un viaje a la Luna me tentaba. Imaginaba hacerlo en sueños, empleando para ello una lunación entera, suponiendo que, durmiéndome cada noche, me encontraba sobre nuestro satélite y continuaba el viaje empezado. Este asunto me apasionó y escribí sobre él un volumen de unas doscientas páginas, especie de poema en prosa, más literario que científico, que no he hecho imprimir jamás, porque no lo merece. Este manuscrito lleva por título :

## VIAJE ESTÁTICO A LAS REGIONES LUNARES

*Correspondencia de un filósofo adolescente.*

La descripción del mundo lunar estaba preparada



La terraza del Observatorio de Paris.

por una historia sentimental, en la que refería situaciones en las que yo no tenía la menor experiencia, y casi como un narrador que hablara del mar sin haberlo visto jamás.

Al mismo tiempo escribí el mismo viaje en otra forma, imaginando que lo hacía conducido por un espíritu que yo llamaba Cosmas Indicopleustés.

Una de mis lecturas favoritas era entonces la *Divina Comedia* del Dante. Añadiré que la literatura no me interesaba menos que la ciencia; me entregaba con ardor al análisis del *estilo* de nuestra bella lengua francesa, tan armoniosa, tan flexible, tan rica y tan clara. Uno de los mejores tratados fué la *Grammaire des Grammaires*, de Girault-Duvivier.

En 1858, todos tuvimos el espectáculo de un cometa admirable, el más bello que se ha podido ver desde 1811 y 1843, descubierto el 2 de junio del citado año de 1858 por Donati, con el que tuve el placer de entablar amistad más tarde, con motivo de la inauguración del Observatorio de Florencia, en 1872, cometa que, a partir del mes de septiembre desplegó su esplendor en nuestro firmamento. Su cola, de 64 grados de longitud, ocupaba una parte del cielo. El 5 de octubre hice un dibujo de este cometa desde lo alto de la terraza del Observatorio, cuyo trabajo reproduzco aquí como recuerdo.

Mientras seguía mi carrera en el Observatorio, adornándola con digresiones en relación con ella, mi hermana, por su parte, había pasado brillantemente sus exámenes y había sido recibida en la Escuela superior de la Villa de París. Yo iba algunas veces a buscarla el sábado, para entrar juntos en casa de nuestros padres, y había fijado la atención en algunas de sus amigas de quince o diez y seis años. Encontraba en ellas una belleza atractiva, cuya influencia me había sido desconocida hasta entonces y que comenzaba a sentir, sin poderla sin embargo definir bien. La más bonita de toda la clase, rubia, con cabellos finos y revueltos, con un aire soñador en sus grandes ojos azules mirando siempre al espacio



EL GRAN COMETA DE 1858.

según un croquis tomado por el autor,  
en la terraza del Observatorio de París.

BIBLIOTECA ASTRONÓMICA  
 U. A. N. I.  
 CARILLA ALFONSINA

vago, siguió un día con nosotros una buena parte del camino y me pidió que le prestara un libro de astronomía. Cuando me lo devolvió, encontré entre sus hojas un billete muy elegantemente escrito y ligeramente perfumado. ¡Las mujeres están siempre más avanzadas que los hombres! Yo tenía entonces diez y ocho años, y ella diez y siete. Cuando nos encontramos de nuevo a la salida de las alumnas de la escuela el sábado siguiente, me parecía que yo enrojecía mucho más que ella. Respondí por un soneto, y el idilio se continuó sobre todo por correspondencia. ¡Vaporosos amores, que parecéis un poco a las brumas rosas de la aurora que se complacen en velar la luz del día!

A la semana siguiente, habiendo faltado uno de mis compañeros del Observatorio toda una mañana, decidimos en la oficina de los cálculos ir a saber de él después de nuestro almuerzo. En aquel tiempo habitaba muy cerca de allí, en un modesto hotel del faubourg Saint-Jacques. El portero nos aseguró que estaba enfermo, y que estaba en cama. Llamamos a su puerta, entramos, y encontramos a nuestro mozo acostado, en efecto, pero no solo. Una muchacha bastante común

Dans le simple appareil  
D'une jeune beauté qu'on arrache au sommeil,

se sentó tranquilamente sobre la cama, sin parecer de ninguna manera molestada por nuestra presencia y, aunque mostró más carne femenina que la que yo no había visto hasta entonces, me pareció infinitamente menos atractiva que la virginal amiga de mi hermana. Cuestión de educación.

Los principios severos nos mantienen más largo tiempo en la ignorancia, nos contienen, nos retienen, nos permiten consagrar más tiempo al trabajo y preparan mejor nuestras fuerzas para el porvenir. Seguramente, el joven sufre las consecuencias de estos principios, y la joven también, según parece, y para ciertos temperamentos, la lucha es dura. ¡Sería tan agradable dejarse llevar por las invitaciones de la naturaleza! ¿No creen mis lectores que ahora, en el siglo veinte, se resiste menos, y que se obedece a la naturaleza demasiado pronto? Hasta la edad de veinte años, el espíritu, vencedor de los sentidos, debería decir: « Sed fuertes, llegad a ser hombres y mujeres, adquirid el valor físico e intelectual, esperad, no perderéis nada en ello, sino al contrario, y seréis animados de una llama inextinguible, y vuestra vida será bella, larga y gloriosa ».

¡Grave asunto es el de la educación! ¡Difícil problema! Naturalmente, en el Observatorio no se ocupaban para nada de las opiniones religiosas; sin embargo, varios de mis maestros daban el ejemplo de una gran piedad, especialmente M. Charles Wolf, jefe del servicio de las observaciones, y M. Victor Puiseux, jefe del servicio de cálculos. Según me parece, M. Le Verrier era más bien escéptico, pero se mostraba sin embargo católico en las grandes circunstancias. Por lo que a mí respecta, estaba a los diez y ocho años tan convencido como a los doce de la divinidad de Jesús y de su presencia real en la Eucaristía, no faltaba ningún domingo a misa, y no permanecía jamás varios meses sin ir a acusarme al confesonario de las faltas que hubiera podido cometer. Tenía buenos ejemplos en mi misma casa. Mi madre era absoluta-

CARILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

mente estricta sobre los deberes religiosos y todos sus usos; era más que piadosa: intransigente. En casa, por nada del mundo hubiéramos omitido comer de vigilia el viernes y el sábado, y aun el miércoles, durante la Cuaresma y la Cuatro Témporas, ayunar el viernes santo, etc., etc. Los tres hijos obedecían a la misma ley. En la parroquia del Observatorio, en la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, el astrónomo Wolf seguía regularmente todos los servicios y estaba orgulloso de continuar la tradición de los Cassini, cuya familia se distinguió siempre por su piedad y su adhesión por dicha iglesia: Juan Domingo Cassini, el primer Director del Observatorio, tenía en ella, en 1702, la concesión de un banco, y en los últimos años de su vida (1710-1712), estando ciego, como no podía ir a misa, venían a decírsela para él al Observatorio; su hijo Santiago, Director del Observatorio después de él, fué mayordomo de honor, etc. En el templo de Urania ha habido siempre católicos practicantes, y aun los hay actualmente.

En cuanto a mí, empezaba a sentir los ataques de una lucha terrible en mi conciencia. Mi edad de diez y ocho, diez y nueve y veinte años fué para mí una serie de años de angustia espantosa, y, aunque abrumado de trabajo, pasé más de una noche sin sueño.

\*  
\* \*

El primer hecho que me obligó a reflexionar sobre las certezas de las enseñanzas del cristianismo fué la posición de la Tierra en el sistema solar.

Toda la economía del cristianismo está fundada sobre la concepción antigua del sistema del mundo: la Tierra en el centro y los astros girando a su alre-

dedor, con el empuje, el paraíso inmóvil, en la esfera exterior. La creación entera es hecha para el hombre y gravita a su alrededor. El hombre es el centro y el fin de la existencia del Universo.

Esta organización geocéntrica y antropocéntrica era la base material del edificio religioso. La vida futura, como la vida presente se desarrollaba en el mismo cuadro. Este era un sistema físico y moral muy lógico y de una perfecta sencillez.

Pero este sistema es falso. En él no había más que una ilusión de nuestros sentidos, de nuestra ignorancia y de nuestro orgullo. El error es tan absurdo como el de un observador que pensara que en la superficie del globo las verticales son paralelas, aunque esta apariencia engañe a casi todo el mundo.

En lugar de este edificio centrado sobre nosotros, la realidad nos muestra, en la Tierra, un pequeño planeta que gira rápidamente alrededor del Sol, el cual la lleva, con los otros mundos de su sistema, a través de las regiones infinitas de la inmensidad estrellada.

El creyente cristiano veía, en el origen del mundo, a los ángeles rodeando al TODOPODEROSO en el cielo, descendiendo á veces a la Tierra, que se rebelaban un día cayendo en la prevaricación, y después a Adán y a Eva, creados directamente por un milagro, al demonio tentando a la primera mujer, la falta de Adán, la redención por Jesús, hijo de Dios, crucificado por nuestros pecados, muriendo en la cruz, descendiendo a los infiernos, resucitado y subiendo al cielo, donde nos espera, sentado a la diestra del Padre, en ese paraíso superior cantado por el Dante después de los Padres de la Iglesia.

CARILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
E. A. N. I.

Pero, ¿qué es ese paraíso, fin de la vida de los cristianos, y dónde está? ¿Qué es eso de la ascensión de un cuerpo humano en la prolongación del radio de un globo que gira sobre sí mismo en veinticuatro horas? El punto del espacio exterior que llamamos *lo alto* a las ocho de la mañana, se encuentra ser opuesto, es decir *abajo*, a las ocho de la noche, y todos los puntos del globo tienen sus antípodas; el zenit de mediodía es el nadir de media noche para un habitante del ecuador. ¿Donde pues fué a parar la ascensión de Jesús?

Esta ascensión no es pues sino una fábula, un mito, tan falso como la historia de Júpiter en el Olimpo.

Y yo pensaba: « Todo se desmorona, no hay nada sólido en ese templo, no queda más que el vacío de los espacios astronómicos ».

Tan ferviente como yo era antes en mis creencias, otro tanto estaba trastornado por aquellas enseñanzas contradictorias. Cuanto más las profundizaba, menos veía yo el medio de conservar mis convicciones.

La órbita de nuestro planeta al rededor del Sol ha sido la grieta por la que me pareció hundirse irremediabilmente el edificio cristiano. Entonces me puse a pensar que era quizás posible desechar la letra y no ver ya más que el espíritu del cristianismo. Pero las dificultades vinieron a amontonarse las unas sobre las otras.

Estudiando el proceso de Galileo, en el que se vocaron todas estas discusiones, advertí que el tribunal de la Inquisición había juzgado la cuestión declarando que la doctrina astronómica de Copérnico era absurda, falsa, e indiscutiblemente *herética*. He aquí la fórmula de la abjuración de Galileo, en

Roma, el 22 de junio de 1633: *Solem esse in centro mundi, et immobilem motu locali propositio absurda et falsa in philosophia et formaliter hæretica, quia est expresse contraria Sacræ Scripturæ.*

« Expresamente contraria a la Santa Escritura ». Y, más lejos, herética también la suposición de que la Tierra no es inmóvil en el centro del mundo: « *Terram non esse centrum ac moveri* ».

En este memorable proceso veía yo al venerable astrónomo, de setenta años de edad, « de rodillas ante los eminentísimos y reverendísimos cardenales », que componían la comisión oficial de la Inquisición de la « santa Iglesia católica y romana », obligado a declarar que no creía en el movimiento de la Tierra, abjurar de esta opinión y afirmar que no lo enseñaría más, sometiéndose, en caso contrario, a las « penas y suplicios » requeridos contra los delinquentes!

Y no podía volver a leer el texto de esta abjuración, de esta retractación ordenada por los curas, sin un sentimiento de horror y de vergüenza. Él, el prodigioso sabio, condenado a esta postura por ignorantes dominadores, forzado a mentir en su conciencia y aceptando recitar en adelante, en su reclusión de Arcetri, los siete salmos penitenciales!

Me puse a leer los escritores religiosos para buscar alguna luz en sus disertaciones. Empezando por la *Historia universal* de Bossuet, vi que el elocuente obispo de Meaux era víctima — o parecía serlo — del mismo error antropocéntrico, exponiendo la historia de la humanidad, como si se resumiera en la del « pueblo de Dios » la de la Biblia y los Evangelios. A creerlo, los chinos, los asirios, los caldeos, los

egipcios ni los griegos desempeñaron ningún papel, y toda la historia antigua no fué más que la preparación del advenimiento de Jesucristo, el mundo cristiano fué el centro de la obra de Dios y Jesús sufrió y murió para salvar al género humano, mientras que, de hecho, no hay, sobre los 1.500 millones de almas que pueblan el globo terrestre, más que el uno por ciento, seguramente, en situación de poder ser salvado por la fe de Jesucristo.

He leído a Fenelón y lo he encontrado más bien un poco pagano, a pesar de ser arzobispo de Cambrai, y después leí a Massillon y a Bourdaloue, perfectos *frasistas*. Después me penetré en los *Pensamientos* de Pascal, sintiendo, como él mismo, sus angustias. Sin embargo, algunas de sus afirmaciones me parecieron discutibles, especialmente ésta: «Creo en los testigos que se dejan matar». No. El martirio no ha probado jamás nada y las religiones más absurdas han tenido sus mártires. He leído la *Suma* de Santo Tomás y no encuentro en ella sino la confirmación de la idea de que el sistema del mundo moral cristiano estaba estrechamente adaptado al sistema del mundo físico de Tolomeo y de Aristóteles. Leí después los apologistas modernos, tales como José de Maistre, Augusto Nicolas, T. H. Martín, Montalembert, el padre Felix, etc., y conseguí encontrar la conciliación deseada y necesaria entre la astronomía y la concepción cristiana de la inmortalidad.

Un pensamiento constantemente reinante atormentaba mi cabeza como si fueran martillazos. Yo me preguntaba: «De aquí a cien años ¿dónde estaré yo, así como todos los vivientes actuales?» El infierno, el purgatorio y el paraíso no existen, como

lugares en el espacio. Podemos interpretar las imágenes antiguas, antropomórficas y cándidas, como estados de alma. Perfectamente. Pero en fin, nosotros no podemos dejar de estar en alguna parte. El alma no es un espíritu puro del que se pretende que diez mil podrían caber en la punta de una aguja. No es así como debemos representarnos nuestra existencia futura. Queremos alguna cosa más substancial que el nada material. Pero el espacio, en sí mismo, ¿qué es? ¿Y el tiempo? ¿Existe? Todos estos son problemas tan irresolubles los unos como los otros.

Jesús ha dicho: «Hay varias mansiones en la casa de mi Padre». ¿Estas mansiones, serán otros mundos? ¿El cielo astronómico, será el verdadero cielo? Los apóstoles, los padres de la Iglesia, los concilios y los papas, ¿habrán desnaturalizado la doctrina de Jesús, haciendo de él un Dios, describiendo su milagrosa resurrección, su ascensión, la asunción de su madre y el cielo episcopal y monástico de la Edad Media?

¿Dónde está ese paraíso? ¿Dónde estará ese infierno? ¿Dónde se hallará ese purgatorio? ¿Cómo podrá producirse esa resurrección de los cuerpos destinados después a vivir eternamente gloriosos en el cielo o atormentados en el infierno? Y esa pretendida falta de Adán que todos debíamos expiar sin haberla cometido; ¡vaya una justicia! ¡Y la creación misma de Adán y Eva, milagro en contradicción con todo lo que ocurre corrientemente en la naturaleza! ¡Y Dios enviando a su hijo «para ser crucificado» sabiendo por adelantado cómo había de verificarse todo! ¡Y esa prendida redención del género humano, no salvando sino una insignificante parte de él! ¡Y

CAROLINA ALFONSO  
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
 U. A. N. L.

Dios sorprendido de las prevaricaciones de los sucesores de Adán, sin haberlas previsto antes, abriendo « las cataratas del cielo », dejando caer, durante cuarenta días con sus cuarenta noches, las aguas del diluvio que elevaron el arca de Noé, poblada de una pareja de todos los animales, hasta quince codos sobre las más altas montañas! ¡Y Josué parando la marcha del Sol! ¡Y todo ese sistema de doctrina inverosímil e inadmisibile desde el principio hasta el fin!...

¿Por qué pues enseñar tantos errores?

El hundimiento del edificio cristiano dejaba en pie en mi pensamiento el espiritualismo puro, que le es anterior y que es independiente de él: el de Platón, el de Descartes, el de Leibniz, el de Kant y el de los grandes filósofos de todos los siglos. Me decía algunas veces que podría muy bien suceder que nuestro deseo de inmortalidad no fuese más que una ilusión, y que nuestra muerte nos destruía completamente, lo cual podría ocurrir si el alma no existiera y si la facultad de pensar no fuera más que una propiedad del cerebro; pero esta idea de la nada no me satisfacía ni mucho menos, y me parecía en contradicción con el hecho de que el Universo no es un sistema material inerte, sino un dinamismo inteligentemente ordenado, con el Espíritu por principio, y este sistema negativo no me parecía ni más admisible ni más demostrable que el dogma cristiano.

Estaba en relaciones bastante frecuentes con el sabio cura Moigno, director del periódico *Le Cosmos*, autor de un tratado de cálculo diferencial e integral muy estimado, y le confíe las confusiones de mi alma. Habitaba junto a la iglesia de San Sulpicio, en la

rue Servandoni, n° 4, un piso lleno de libros y de papeles, dode trabajaba sin tregua ni descanso lo menos doce horas por día. Allí se encontraban todas las publicaciones científicas, y allí podía yo ir cuando se me antojase.

Como él tenía estrecha amistad con MM. Poiseux, Wolf, Cauchy, Pasteur y otros sabios muy cristianos, esperaba que pudiera disipar mis dudas y hacer desaparecer la contradicción que separa las verdades astronómicas de las enseñanzas religiosas, y hacerme tocar con el dedo el procedimiento por el cual los talentos eminentes ponen de acuerdo en su conciencia las dos teorías. ¡Desgraciadamente nada conseguí! Me respondió que la fe no tenía nada que hacer con la ciencia, y que el deber del cristiano era creer y humillarse ante el misterio. Sin embargo, yo estaba convencido de que dos verdades no pueden ser opuestas la una a la otra. Así se me había enseñado en Langres; pero esta enseñanza era un arma de dos filos. Que la astronomía es una verdad, no se ponía en duda. Cuando, en la conversación, recordaba yo a este escritor católico los términos de la condenación de Galileo, me afirmó que no era por sus opiniones astronómicas por lo que había sido condenado el inmortal astrónomo, sino porque había buscado la manera de ponerlas de acuerdo con la Biblia, y se había ocupado en lo que no le importaba.

— ¡Cómo!, le respondi; ¿en lo que no le importaba? ¿Es que los adversarios del nuevo sistema no afirmaban que era contrario a las Santas Escrituras y no convenía ensayar siquiera defenderlo?

— Sí, replicó el director del *Cosmos*, pero aquel era asunto de los teólogos y no de un laico.

BIBLIOTECA ALFONSIANA  
 U. A. N. I.

— Los teólogos, añadí, estaban todos de acuerdo para oponerse a la verdad. Y, si no, ¿no tiene usted por ahí un *Index*? Me parece haber visto uno por aquí.

Y extendiendo la mano, cogí un libro impreso en Roma en 1681, por orden del papa Inocencio XI, y leí en alta voz, en la página 200 :

*Nicolaus Copernicus, De Revolutionibus orbium, nisi corrigatur juxta decretum 1620.*

— ¡Pues bien!, añadí, Copérnico no ha sido puesto en el « Índice » por haber hecho teología, supongo. Se ha prohibido leer su libro, a menos que fuese corregido, lo cual carece de sentido, puesto que no ha sido corregido, y la Iglesia se ha visto obligada a reconocer la verdad y retirar el libro del « Índice », para no caer en ridículo. ¿No es éste el triunfo de la ciencia?

— La Iglesia no puede ser jamás contraria a la verdad.

— Entonces, ¿por qué ha condenado el movimiento de la Tierra como *herético*?

Le recordé la sentencia de Roma citada anteriormente, y me replicó que aquello no era verdad, y que yo había comprendido mal.

Pero, añadí, ¿si por casualidad la Iglesia hubiera tenido razón, y la Tierra no girase, cómo se alabaría hoy de ello!

— La Iglesia tiene siempre razón, me respondió, y nada tiene que ver en el proceso de Galileo.

— ¡Cómo!, repuse, ¿no era el papa Urbano VIII el que dirigía la Inquisición? ¿No fué él el que convocó la comisión de cardenales encargados de la sentencia?

— Sí, replicó, pero no obró entonces como papa, y

nada pronunció *ex cathedra*. Aquello no fué más que un asunto de administración.

— ¡Ah!, repliqué, siempre es fácil interpretar las cosas cuando se quiere tener razón. Desgraciadamente la Tierra gira, y gira heréticamente.

— ¡Salga usted! gritó furiosamente dando un puñetazo sobre la mesa, y no vuelva a venir a molestarne con tales discusiones ».

Advertí entonces que yo había ido un poco lejos y que había faltado al respeto a un hombre para el cual tenía la más profunda estima. Por otra parte, era la tercera o cuarta discusión de este género un poco audaz, lo confieso, entre un joven y un sabio respetable. Salí excusándome y haciéndole observar que había deseado simplemente ilustrarme con sus luces, y cerré suavemente la puerta detrás de mí.

Bastante turbado, subí por la pequeña rue Servandoni y llegué, casi maquinalmente, a una de las primeras puertas de la izquierda, entrando en una casa donde habitaba el astrónomo Babinet, del Instituto. Tenía con él casi la misma amistad que con el cura Moigno, del que era colaborador en el *Cosmos*, y hacía el favor de prestarme todos los meses la mejor (y quizás la sola) revista astronómica de la época, las *Monthly Notices of the royal astronomical Society*, de Londres. El padre Babinet, como le llamábamos, era funcionario del Observatorio y tenía un gabinete de física bajo la terraza, debajo de una pequeña escalera que se tomaba para subir a la cúpula del Norte y al pluviómetro. Habitaba en el n° 15 de la rue Servandoni, en la casa histórica donde Condorcet se había refugiado durante el Terror y de donde partió para ser arrestado al día siguiente en una posada de

BIBLIOTECA ALFONSINA  
 U. A. N. E.